

La sangre es la vida

Él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados (1 Juan 4: 10)

MUCHA GENTE SE PREGUNTA POR QUÉ este énfasis en la sangre de Cristo. Para la mentalidad moderna no tiene mucho significado. No es un concepto que apela mucho al hombre de nuestros días. La razón de su uso profuso en el Nuevo Testamento se explica por el hecho de que la Biblia les está hablando a personas familiarizadas con el sistema de sacrificios del santuario. Es, ciertamente, otra época y una mentalidad distinta. Pero ellos sabían que sin derramamiento de sangre no había remisión del pecado. Por lo tanto, el énfasis se da para recalcar el hecho de que Cristo fue la víctima que derramó su sangre para la expiación del pecado de la humanidad.

También debemos recordar que la palabra sangre, como se usa en la Biblia, es sinónimo de vida. Cuando se usa el concepto de sangre derramada, lo que se quiere recalcar es la muerte, la pérdida de la vida. En la antigüedad, cuando se hablaba de la sangre se hacía referencia a la vida. Llegó a ser un símbolo de la vida. Dios dijo a Noé: «Pero no deberán comer carne con su vida, es decir, con su sangre» (Gén. 9: 4). «Pero asegúrate de no comer la sangre, porque la sangre es la vida» (Deut. 12: 23).

La prohibición de beber o comer la sangre se debía no solo a razones higiénicas, sino también a razones culturales. Había ritos paganos que incluían beber la sangre de animales, e incluso de seres humanos. Por eso Dios ordenó: «No coman nada que tenga sangre. No practiquen la adivinación ni los sortilegios» (Lev. 19: 26). De allí la declaración contundente: «Todo el que coma cualquier clase de sangre, será eliminado de su pueblo» (Lev. 7: 27).

Todas las cosas que se atribuyen a la sangre de Cristo, se atribuyen en realidad a su muerte. Es la muerte de Cristo lo que se enfatiza. De allí la paradoja: Su muerte nos da vida.

La fuente de bronce

El Señor le dijo: «Ve y consagra al pueblo hoy y mañana. Diles que laven sus ropas» (Éxodo 19: 10).

EL SEGUNDO MUEBLE CON GRAN significado espiritual era la fuente de bronce que se encontraba entre el altar de los sacrificios y el santuario propiamente dicho. Se nos dice que «con el bronce de los espejos de las mujeres que servían a la entrada de la Tienda de reunión, hizo el lavamanos y su pedestal» (Éxo. 38: 8).

Se han hallado muchos espejos en las excavaciones de Oriente Medio y en Egipto, que estaban hechos de una mezcla de cobre y estaño, que conocemos como bronce. Se pulía hasta convertirlo en un espejo. Con este metal se hacía una fuente, que tenía el propósito de servir de lavatorio para que los sacerdotes se asearan antes de entrar al santuario para ofrecer los sacrificios. La instrucción era que «deberán lavarse con agua las manos y los pies para que no mueran» (Éxo. 30: 20, 21). Dios quería imprimir la verdad básica de que su tabernáculo debía estar limpio, porque era lugar santo. Así como la gente en el Antiguo Oriente se quitaba las sandalias y se lavaba los pies antes de entrar a sus casas, Dios quería que los sacerdotes hicieran lo mismo antes de entrar al santuario.

Cuando el templo de Salomón reemplazó al santuario del desierto, la fuente de bronce fue sustituida por una más grande, se la llamaba mar. Medía unos cuatro metros y medio de diámetro, con tres de profundidad, y contenía como sesenta y cinco mil litros de agua. Allí se bañaban literalmente los sacerdotes antes de officiar en el santuario.

Pero no solo se les exigía limpieza a los sacerdotes. El israelita común tenía que tener cuidado de no contaminar el campamento. Los que de alguna manera llegaban a contaminarse con algo inmundo, debían lavarse antes de entrar en sus moradas, ya que en el centro estaba el tabernáculo. Todo esto enseñaba cuánta importancia daba Dios a la limpieza y la higiene.

La limpieza interna

Ciertamente, la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu (Hebreos 4: 12).

LA FUENTE DE BRONCE a la entrada del santuario indicaba cuán importante para Dios era la limpieza. También hoy Dios desea que sus hijos sean limpios y vivan de manera higiénica. La limpieza física era un símbolo de la limpieza espiritual que Dios demanda de sus adoradores.

Por lo tanto, la limpieza física no era el único motivo de la existencia de la fuente de bronce. Debe haber tenido un profundo significado espiritual tanto para los sacerdotes como para el pueblo en general. El término «fuente» que se usa en el Antiguo Testamento es usado dos veces en el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo nos dice lo siguiente, hablando de la relación de Cristo con su iglesia: «Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable» (Efe. 5: 26, 27). Esta es una alusión a las costumbres nupciales del Oriente antiguo. Se bañaba y arreglaba cuidadosamente a la novia antes de que fuera presentada a su novio. En este pasaje, Cristo es quien purifica a la iglesia con el lavamiento del agua por la Palabra salvadora.

La Palabra de Dios limpia la vida de las personas. Jesús lo dijo en otros términos: «Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad» (Juan 17: 17). La Palabra de Dios tiene poder para transformar la vida de las personas. El cuerpo físico se limpia con agua, pero lo que la Biblia llama corazón, o sea, la mente, se limpia con la Palabra de Dios. Se nos dice que «La Palabra del Señor es vida y es poderosa, más aguda que cualquier espada de dos filos. Es poderosa cuando se la practica. La gran transformación que obra es interna. Comienza en el corazón y actúa hacia afuera» (*Alza tus ojos*, p. 28).

Limpieza interior

Porque de adentro, del corazón humano, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necedad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona (Marcos 7: 21-23).

LA LIMPIEZA REQUERIDA en el santuario llega a ser un símbolo de la limpieza de la vida íntima, que se puede lograr por la lectura, aceptación y aplicación de la Palabra de Dios. Pero el apóstol aplica este concepto de lavamiento a la acción del Espíritu: «Nos salvó mediante el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo, el cual fue derramado abundantemente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador» (Tito 3: 5, 6). Este pasaje nos dice que la regeneración y la renovación del Espíritu Santo en la vida es un tipo de lavamiento espiritual. El Espíritu de Dios es el agente divino en la renovación y limpieza del corazón humano.

En realidad, el Espíritu es el que ha dado la Palabra de Dios e inspira al creyente a leerla, para que sus principios puedan producir una limpieza espiritual. El Espíritu primero limpia la vida interna, los pensamientos y las intenciones del corazón. Quita los malos principios adquiridos o heredados, y establece los nuevos. Porque es el interior el que contamina lo exterior. Jesús lo dijo con claridad meridiana en nuestro pasaje de hoy. Quitar esos elementos malos de la mente y del corazón humano solo es posible mediante el poder de Dios. La ciencia moderna nos promete que la ingeniería genética podrá algún día manipular los genes humanos para eliminar todo lo malo que haya en ellos, a fin de producir personas buenas. Sin embargo, solo Dios limpia el corazón cada día.

Permitamos hoy que el Espíritu Santo realice su obra en nuestra vida.

Un pueblo limpio

Todo lo que resista el fuego, deberá ser pasado por el fuego para purificarse (Números 31: 23).

LA FUENTE DE BRONCE era símbolo de limpieza, exigida para los servicios del santuario. Apuntaba también a la limpieza espiritual que el Señor requería de todos los adoradores. La limpieza se conseguía en el santuario. Después de ofrecer su sacrificio, el pecador retornaba a su casa con una conciencia limpia y en paz con Dios.

Pero Dios quiere que no solo seamos limpios por dentro, sino también por fuera. Y viceversa. Quiere mente limpia en cuerpo limpio. Y cuerpo limpio en mente limpia. Por eso dio mandamientos concretos, para que los que habitaban en el campamento que rodeaba al santuario vivieran en un ambiente limpio. Como vivían en comunidad, era imperioso que para evitar enfermedades, que traen sufrimiento y dolor, los niños tuvieran un campamento ordenado y limpio. Tanto ayer como hoy nos persigue la mugre. En el mundo antiguo, y a veces en el moderno, la gente vivía rodeada de basura y excrementos; los animales vivían en las casas y tiendas; y las aguas frecuentemente estaban contaminadas con animales muertos. En Oriente Medio, la gente se bañaba poco por la escasez de agua. Todo esto daba origen a enfermedades y, por lo tanto, al dolor y sufrimiento. Las plagas diezaban y devastaban a los habitantes de ciudades y pueblos. Los israelitas habían vivido así en Egipto durante 215 años, y se habían acostumbrado a la idolatría y a la suciedad.

Dios sacó a su pueblo de la esclavitud egipcia para hacerlo un pueblo libre, pero no solo de la esclavitud, sino también de la miseria y la mugre. Los Diez Mandamientos iban a transformar la vida espiritual, la intimidad y las relaciones humanas de Israel. Las leyes complementarias transformarían su vida física y su ambiente natural. Dios quería que sus elegidos estuvieran exentos de enfermedades. Por lo tanto, les dio leyes y reglamentos que tenían el propósito último de que vivieran en un ambiente higiénico y saludable.

La limpieza ritual

*Volveré mi mano contra ti, limpiaré tus escorias con lejía
y quitaré todas tus impurezas (Isaías 1: 25).*

DIOS QUERÍA que su pueblo no solo fuera limpio por dentro sino también por fuera. Ser felices por dentro, pero sufrir por fuera, no es el ideal de Dios para sus hijos. Así que el Señor, que creó nuestro cuerpo, sabe qué necesitamos para ser felices. Por eso limpia el pecado en nuestro corazón, y nos ayuda a que evitemos las consecuencias físicas del mal en el medio ambiente en el que vivimos. De ahí su interés en que sus hijos vivan lo más limpiamente posible en este mundo contaminado.

Por eso Dios quería que los israelitas vivieran en un campamento limpio e higiénico. Pero, ¿cómo enseñar limpieza e higiene a quienes no entendían sus principios básicos? Después de todo, los israelitas eran un conglomerado de esclavos, sin educación y sin principios saludables. Además, el mundo antiguo desconocía muchas cosas que nosotros sabemos sobre la limpieza y la higiene. Por ejemplo, desconocían la existencia de bacterias, gérmenes y virus. Recién en el siglo XIX, con las investigaciones de Louis Pasteur, se supo que existen microorganismos que causan enfermedades. Antes de ese descubrimiento, el origen de las enfermedades estaba rodeado de misterio y superstición.

¿Cómo podía Dios comunicar a su pueblo principios de limpieza e higiene, si los israelitas no tenían las bases para entender su instrucción? No podía decirles: «Tengan cuidado con la basura y los desperdicios, porque tienen unos seres pequeñitos que no se pueden ver pero que causan las enfermedades». O, «Lávense las manos antes de comer, porque al tocar las cosas sucias se les pegan unos animalitos invisibles que los pueden enfermar».

Sin embargo, Dios, el gran comunicador, encontró la manera de instruir a su pueblo en relación con los principios de la higiene. Empleó símbolos que que sí podían entender: Los servicios del santuario. Lo hizo mediante los conceptos de contaminación ritual e impureza ceremonial.

Mensaje oculto

Al séptimo día, lavarán ustedes sus vestidos y quedarán purificados. Entonces podrán reintegrarse al campamento (Números 31: 24).

DIOS DIO LEYES y reglamentos a su pueblo para que se libranan de los riesgos de enfermedades graves y disfrutara de salud. Estas indicaciones tenían como fundamento los principios sobre contaminación ritual e impureza ceremonial. Aunque estos principios tenían un primer significado espiritual, también tenían el propósito de que los israelitas alcanzaran plena salud física. Mediante los servicios del santuario, Dios enseñaba lecciones espirituales y también de higiene. Aunque la esencia de los servicios del santuario apuntaba al deseo de Dios de salvar a su pueblo y morar con él por medio de su tabernáculo. Cuando recorremos el Pentateuco, no hallamos muchas recomendaciones concretas para evitar la enfermedad y tener buena salud. Lo que se encuentra es una gran cantidad de instrucciones de cómo evitar la contaminación y la impureza ritual. Eso sí podía entender el pueblo.

Dios era un Dios santo. Su morada estaba entre los israelitas. Ellos acampaban en derredor del tabernáculo, la morada divina. En su altar no debían ofrecerse cosas inmundas. Todo debía ser limpio, porque Dios es santo y puro. Para desempeñar sus funciones, los sacerdotes debían purificarse. Los animales que se fuesen a sacrificar no debían tener defectos. Como todos vivían alrededor del santuario, debían tener sumo cuidado de no introducir cosas que contaminaran el campamento, y por ende al santuario. El fuego y el agua se usaban para la limpieza. De este modo, se garantizaba que la presencia de Dios en el campamento fuese permanente. Quien no cumpliera con las estipulaciones, debía ser eliminado del campamento. Nada impuro debía entrar en él, porque Dios moraba con su pueblo.